

Autismo: ¿ Síntoma en la Educación?

Desde los tiempos de nuestra formación profesional se planteaban interesantes debates, ya sea entre distintas escuelas teóricas que izaban sus respectivas banderas a través de los profesionales de turno.

Se cuestionaban posturas, definiciones, conceptos como los de salud y enfermedad, lo normal o anormal. ¿Qué es patológico y qué no lo es?

Los cuadros patológicos eran estudiados desde una visión absolutamente Psicoanalítica, tal lo que pueden relatar los profesionales del campo *psi* que se formaban en las Universidades Argentinas en la década del sesenta y setenta.

Se comenzaba el tiempo analítico, se realizaban las lecturas y relecturas desde Freud a Lacan.

Los estudiantes sacaban turnos con meses de anticipación para iniciar sus análisis personales con los más eminentes representantes del psicoanálisis de aquellos días.

Pichón Riviere sacaba su diván a la vereda, gustaba de caminar por Avenida Corrientes para conversar con la serie interminable de personajes que habitaban una noche matizada de seres atípicos. Se *internaba* en algún psiquiátrico para decodificar los intentos de comunicación en la incomunicación de lo psicóticos y finalmente se abría del psicoanálisis clásico y lo refundaba desde una visión social recibiendo aportes de la escuela de Klein, Bion y la Gestalt.

Arminda Aberstuty y Elizabeth Garma divulgaban los aportes de la escuela inglesa a tal punto que aún hoy se debate si algunas concepciones de Melanie Klein, especialmente las del último tramo de su producción fueron en su origen de Arminda.

Las cátedras de Psicopatología enseñaban las distintas clasificaciones desde esta visión y sonaban en preciados manuales como los de Telma Recca, Maffei, Carolina Tobar García y obviamente de cada uno de los escritos freudianos, lacanianos y kleinianos.

Pero también el hombre llegaba a la luna... la ciencia plantaba su bandera y continuaba la conquista de nuevos territorios.

Los aportes de la Psicología Conductual y Cognitiva eran desterrados, parecería que para los profesionales de la salud mental el enfrentamiento con el real los posicionaba en el lugar de lo siniestro.

Conductismo y Cognitivismo pertenecían a ese *algo* perverso que no coincidía con el romanticismo poético de aquellos tiempos.

Esto era lo que el futuro profesional debía aprender por aquellos días y lo que aún hoy a pleno 2003, siglo XXI, debe seguir aprendiendo a pie juntillas aún en prestigiosas Universidades que no posibilitan demasiado margen a la opción de sus estudiantes.

Del DSM no se hablaba y aún cuando comenzó a escucharse de él estaba plagado de la influencia Psicoanalítica y debió atravesar un derrotero de validaciones, comprobaciones empíricas para ser depurado e iniciar un intento de objetividad ganándose así el rechazo de la mayoría de estos profesionales que obligadamente deben recurrir a él cuando trabajan con obras sociales que exigen los códigos fijados por el manual para cada cuadro patológico y esto permite el reintegro económico al psicoterapeuta.

Toda esta marcada influencia y adherencia a una determinada escuela terapéutica, no tardó en impregnar la formación de los profesionales en el campo educativo, especialmente aquellos que recibimos el supuesto saber Psicopedagógico, territorio en el cual sensualmente danza lo psicológico con lo pedagógico formación que se adentra tanto a lo educativo como a lo terapéutico y la palabra *síntoma* como inhibición para el aprendizaje, *como aquello que ocupa en el discurso de los padres lo no dicho* no tardó en instalarse como verdad incuestionable al saber del psicopedagogo generándole un discurso que se torna poco entendible para el maestro que luego de tan sólo dos años de estudios necesita respuestas *concretas* en el aquí *aquí y ahora* ante treinta o más alumnos.

Sólo basta con recordar nuestros tiempos de estudiantes primarios donde la escuela como matriz socializadora e humanizante, no perdía su valor de formadora aún a costa de no dejar de lado un instrumento tan conductual como nuestro salvador timbre, todo nuestro organismo anticipaba que el tiempo estaba por cumplirse y cuando ya no teníamos ganas de atender a la señorita apelábamos a la motivación de saber que llegaría ese sonido y el patio nos contendría hasta el nuevo aviso, generando con eso el inicio a la organización, a los tiempos de espera a la tolerancia y a la recreación, con el correr del tiempo llegaron las *Caritas* que reforzaban la conductas correctas que la maestra buscaba, algunas sonrían otras se enojan, pero siguen estando presente en el campo de lo escolar, especialmente de la escolaridad común.

Ahora bien, en el delicado territorio de la Educación Especial la visión analítica explicó **todo**, no dejó nada sin algún tipo de razón, sin alguna serie complementaria que explique, que sepa y que abra un abismo por donde caiga el DSM sin retorno.

Piaget realizaba aportes desde la genética, y no se tardó demasiado para que autores como Sara Paín lo articulará con el mismísimo Lacan.

Y Vygotsky desde su deseo por una sociedad humana perfecta nos convocaba a repensar lo social como inicio al aprendizaje.

Vygostki a resucitado recitaba una querida profesora de mis épocas de estudiante, hay que volver a él.

Maud Mannoni nos informó de las relaciones y fantasmas, espacio en el cual madre e hijo discapacitado son un mismo cuerpo, confundiendo la necesidad con la demanda.

Todo se interpreta, el delirio, la estereotipia, hasta la cantidad de plasticola que la adhesividad de un niño le permite usar, no será que no tiene nociones de cantidad o la maduración psicomotriz necesaria para inhibir el movimiento.

La Escuela Especial, es eso **escuela**, educación, norma viaje a la cultura y al mundo social, la palabra *especial* ha permitido hablar de términos como *cura* ¿De qué?

Es terrible observar el nivel de angustia con la cual los padres acuden a una entrevista, vienen dispuestos a recibir el golpe de la culpa por un hijo autista, contestan que lo han o no deseado antes de que se les pregunte (igual no se les cuestiona), que lo abrazaron, que le dieron la teta, en fin... saben que puede llegar el golpe del saber profesional que los lleve a la nada de la angustia e intentan justificarse ante todo. No explicaré aquí la vivencia de una mamá, me limitaré a transcribirles un fragmento de una nota que me enviara la madre de un paciente que me resultó esclarecedora: “.....Soy una mujer sana. Mi esposo también lo es. En el ‘90 tuvimos a nuestro primer hijo – sano y fuerte él también-. Como deseamos agrandar la familia buscamos a Juan Carlos. Nuestro Juani. Con ojos color miel, los mismos que a los dos añitos, más o menos, se perdían tras una mirada atónita a la TV o a la ventana. Aquellos ojos a los que buscábamos y se nos hacía cada vez más difícil de encontrar. Juani tiene dos manitos que mueve incesantemente como si alteara y papá y yo nos preguntamos ¿Por qué lo hace? Si lo toco o lo abraza me rechaza –decía su hermano ¿Por qué grita sin parar o se golpea la cabezita? ¿Por qué no me habla?

Demasiados por qué para un niño que en ese momento sólo tenía cinco añitos.

Ya en el ‘95 con tres años cumplido se nos hace imposible ingresar a Juan al jardín. ¿Por qué? Todavía no había un diagnóstico.

Otro año más y nada. No anda, no. Un buen señor que porta matrícula Nacional de Médico pediatra solicita entrevista con el psiquiatra. Usted pensará ... ¡Pobre nene!, ¿Psiquiatra? Pobres nosotros, papá y yo. Nada más y nada menosEl psiquiatra era para nosotros. Sí. Así como lo lee.

Si mi niño tenía esas conductas de aislamiento, ese movimiento continuo y repetitivo, esas ausencias y la falta de habla se trata de un rechazo de la madre o del padre o de ambos. Quizá no fue buscado o bien recibido. El problema lo crearon ellos. ¿Puede haber algo más doloroso que sentir culpa sin tenerla? ¿ Creer que en los seres que más aman a Juan radica el origen de todo su síndrome? ¿ Puede haber un profesional, basado en la ignorancia, la falta de honestidad intelectual culparnos de esto?

Culpa, miedo, dolor. Y el tiempo ...el tiempo que pasa y muestra a Juan cada vez más inalcanzable, más agresivo consigo mismo, más lejos.

San Martín de Porres recibe una población de niños con Trastornos Generalizados del Desarrollo, son personas con autismo, psicosis, esquizofrenia, síndromes como West, Rett, Prader Willis, entre otros. La educación nos denomina como Severos Trastornos de la Personalidad y tenemos claro que nuestra misión no está dada en curarlos, sino en educarlos, pero observamos con frustración que todo el sistema construido dentro de la educación especial no se ocupa más que de cuestiones arcaicas fijadas en aquellas épocas que recorriamos párrafos atrás llenos de interpretación y de culpa, aún hoy en este nuevo siglo se sigue menospreciando lo que la ciencia ha validado científicamente, la importancia e influencia de lo orgánico en las patologías psíquicas. Los aportes de la psicología cognitivo-conductual que brindan instrumentos probos para el trabajo educativo de niños del espectro autista, en especial los realizados por Angel Rivière.

La educación especial ahora prefiere cambiar la denominación STP, por la de *Trastornos Emocionales*, donde el origen estaría casi dado por lo que siempre se ha sostenido desde la psicología dinámica, es decir *el rechazo materno*, la madre Freezer que hasta el mismo Kanner aceptaba por la influencia de su época y luego rechazó tangencialmente retornaría con la legalidad de lo institucional, de lo decretado, se aduce que servirá para el abordaje familiar y que será menor el impacto de angustia de los padres ante el diagnóstico permitiendo *liberar* al niño de la lápida de una clasificación, pero también crearía fantasías en los padres puesto que hablar de *Trastornos emocionales* implica en el imaginario de lo social la posibilidad de cura y posibilita realizar diferentes interpretaciones acorde a la postura de cada terapeuta. Creemos necesario llamar a reflexión sobre nuestra praxis, ética y misión en el campo de la Educación Especial, nuestra función es Educar desde marcos científicos y comprobados, donde no haya culpables y colaboremos con la creciente funcionalidad, adaptación y crecimiento del individuo, en un espacio de colaboración en el cual el sistema familiar coopere directamente con el ámbito educativo sin miedo a la culpa y la desautorización.

No desconocemos los aportes importantes de las personalidades nombradas, ni su positiva influencia en el campo de la salud, aunque en las formaciones de grado falte mayor bibliografía de autores como Watson, Pavlov, Skinner y otros, nuestra misión es progresar con la ciencia y no atarnos a posturas que ya tuvieron su momento y su aporte. El siglo XXI nos exige la ciencia y la validez empírica y esto no implica un alejamiento del sujeto sino un retorno a la comprensión de lo humano y su comportamiento en el mundo.

Finalmente, no pretendemos la cura del autismo, sólo aspiramos a la educación de una persona con autismo. Y lo logramos.